

GÓNGORA Y ARGOTE, LUIS DE (1561-1627)

*DOCTOR CARLINO*

PERSONAJES:

GERARDO  
CARLINO, médico  
TANCREDO  
ENRICO  
DON TRISTÁN  
TISBERTO  
CASILDA  
LUCRECIA

ACTO PRIMERO

(Entran GERARDO y el DOCTOR CARLINO.)

DOCTOR

Gerardo, nuestros abuelos,  
graduando sus espadas  
en las leyes de sus duelos,  
mancharon las estacadas  
con la sangre de sus celos.  
Ley tan bestialmente impresa  
solamente hoy se profesa  
entre galanes de vacas,  
a cuyas armas no flacas  
es palenque la dehesa;  
y estos días para mí  
tan discreto Marte está,  
que manda se quede así  
quien se convirtiere ya  
por Venus en jabalí.  
¿Sabéis lo que decir quiero?  
Que será un puerco casero  
quien por una mujer zaina  
desnudare de su vaina  
ningún colmillo de acero.

## GERARDO

Desde una roca un doctor  
muy bien por la paz aboga,  
sin considerar mejor  
que de la más grave toga  
hace banderas Amor.  
Y más si se dan las manos  
Amor y Honra, tiranos  
los más crueles del mundo;  
más tirano este segundo  
que los tres sicilianos.  
Ambos con emulación,  
porfiada si no igual,  
hacen de un mortal arpón  
y de un gusano inmortal  
sujeto mi corazón.  
Porque la honra, Carlino,  
cual la conciencia imagino  
que labra con su gusano;  
sino que una roe a lo humano  
y otra roe a lo divino.  
Si a Tancredo cada día  
el nido yo le fiaba  
de la bella fénix mía,  
del ídolo que adoraba,  
de la alma con que vivía,  
¿queréis que le haga el buz  
porque el día de la Cruz  
me arcabuceó este nido?  
¿Si yo el papel he leído  
con que atacó el arcabuz?  
Y si vos sois buen testigo  
que Enrico los aires bebe  
ballesteando a su amigo  
el armiño, cuya nieve  
era el calor de su abrigo,  
¿paréceos que será ésta  
razón justa, causa honesta,  
para besar yo la mano  
de un amigo, de un hermano,  
que está armando la ballesta?

## DOCTOR

Gerardo, no te prometas  
de amigos

(Aparte.)  
(cual yo lo soy),  
menos que estas dulces tretas,  
y más de hermanos: que hoy  
no hay hermandad sin saetas.  
Amistades ya, ni espadas,  
no las hay cual las pasadas;  
y si las buscáis, yo fío  
que no le halléis a un río  
vueltas más disimuladas.  
Un estoque es bien delgado  
el amigo que hoy se usa,  
de acero tan mal templado,  
que aun en la vaina se excusa  
de hallarse con vos al lado.  
Y ojalá él hiciese ya  
lo que el estoque hará  
cuando la ocasión suceda:  
que el estoque al fin se queda,  
pero el amigo se va.

GERARDO  
¿Luego solo queréis que ande?

DOCTOR  
¿Con quién andaréis mejor?

GERARDO  
Es melancolía muy grande.

DOCTOR  
¿Y si os lo manda el amor?

GERARDO  
Aunque el Amor me lo mande.

DOCTOR  
Muchas tiene en la ciudad  
cofradías la amistad.  
Si los que ya veis quién son  
están en la Enclavación,  
entraos en la Soledad.

GERARDO  
Sigo vuestro parecer;  
y pues ya la razón hoy

tanto me ha dejado ver  
que de luz cofrade soy,  
de sangre ellos lo han de ser.

DOCTOR

Gente es bien disciplinada.

GERARDO

Doctor, no me digáis nada,  
que acrecentáis mi mohína;  
yo haré su disciplina  
de los filos de esta espada.  
Cinco años ha, y aún más,  
que por esta mujer ardo,  
sin templar mi ardor jamás.

DOCTOR

Si ha cinco años, Gerardo,  
al quinto no matarás;  
pues mandamiento es de Dios,  
justo es le obedezcáis vos  
sin amenazar castigos  
a vuestros caros amigos,  
que caros fueron los dos.

GERARDO

Bien dijo que tordo es  
un doctorcillo hablador  
cierto ingenio cordobés;  
porque quien dijo doctor,  
tordo dijo del revés.  
Quien con amistad ingrata  
las veras de burlas trata  
y del peligro hace juego,  
con leña corrige el fuego  
y con aceite le mata.  
¿Ves mi honra en opiniones  
y la fe de esotra en dudas,  
y a reducirme te pones  
con ilaciones agudas  
de sofísticas razones?

DOCTOR

Pues lo llevas de esa suerte,  
mata a entrambos; pero advierte  
que ha de ir contigo el doctor,

porque el médico mejor  
un montante es de la muerte.  
Murcia le da de su acero  
la malla terciopelada  
y, para el trance más fiero,  
un boticario es su espada  
y su puñal un barbero.  
Sabe como una beata  
de la facultad que trata,  
pues que receptando vive,  
y sin escrúpulo escribe  
y con escrúpulos mata.

GERARDO

Bien está. Pero a fe mía  
¿no será bien que esta daga,  
convertida en pluma un día,  
cualque rótulo le haga  
al bote de la atutía?  
De la tía repulgada,  
que empanar hombres le agrada  
con la sobrinilla loca,  
prestando su infame toca  
el repulgo a la empanada:  
acertada cosa fuera.

DOCTOR

Qué peor pudiera ser?

GERARDO

Una puñalada fiera.

DOCTOR

¿Puñalada a una mujer?  
¿Quién, Gerardo, se la diera?

GERARDO

Yo, que a estas viejas barbudas  
en matallas pocas dudas  
pusieran las manos mías.

DOCTOR

¿Quién te ha hecho Matatías,  
cuando quiero que seas Judas?  
No ya el Macabeo caudillo,  
sino aquel siempre travieso

calabrés, poco sencillo,  
que mató más con el beso  
que el otro con el cuchillo.  
De él has de ser hoy traslado,  
bien y fielmente sacado;  
tan fielmente, que del sino  
del señor Doctor Carlino  
has de andar autorizado.  
A la disimulación  
mi consejo hoy te condena.  
Pide el ánimo al hurón,  
la máscara a la sirena  
y la cola al escorpión;  
y sobre todo, el recato  
pide al ladronesco trato:  
que a un ladrón y a un ofendido,  
cuando nube no el vestido,  
fieltro ha de ser el zapato.  
El triste, a quien le sucede  
cosa tal, y tan pesada,  
coserse la boca puede;  
que darle lengua a una espada  
a toda locura excede.  
Calle el desdichado, y crea  
que será cosa muy fea  
publicar tan gran revés;  
y ya que Cornelio es,  
Cornelio Tácito sea.

GERARDO

¿Qué tenemos, pues, del raro  
cuadro de nuestra Lucrecia?

DOCTOR

Que es casto menos que caro.

GERARDO

¿En cuánto la hechura precia  
que en ningún precio reparo?

DOCTOR

Cien escudos de oro fino  
te dejarán ser Tarquino;  
y si esta noche quiés sello,  
su lecho te espera bello  
a pesar de Colatino,

a quien no faltando en nada,  
yo, en palabras no sencillas,  
le entretendré en mi posada  
mientras su Babiéca ensillas  
y te ciñes la su espada.

#### GERARDO

Trazas tienes y modelos  
para reparar mis celos,  
tan excelentes que, en suma,  
a un rasguño de tu pluma  
son poco papel los cielos.  
Sólo mi honor te replica  
ser vergonzosa esa paga,  
porque a fe que no me pica  
tanto que la honrada lo haga,  
como que pida la rica.

#### DOCTOR

En pedir tiene su proa  
la mujer de mayor loa,  
porque la más singular  
es vecina de Tomar,  
veinte leguas de Lisboa.  
No permite su interés  
que en su jardín nazca en vano  
el Narciso de baldrés,  
ni aun la palma de la mano  
sin llevar fruto después.  
Todas, por más que las doro  
con católico decoro,  
deseando ver están  
el paganismo en Orán,  
que diga la paga en oro.

#### GERARDO

Dices muy bien lo que pasa:  
todas juegan a ese juego  
en la calle y en su casa,  
y sólo no envida luego  
lo que de falso se pasa.  
Dará cartas muchos días,  
pero serán las de Urías,  
y si os restáis a un abrazo,  
dándoos ella con el mazo,  
os dejará hecho Macías.

¿Cien escudos han de ser?  
Cien años esté de un lado.

DOCTOR

Gerardo, quien a ofender  
entra a un hombre tan honrado,  
ciento y más ha menester.  
Venganza es, y no apetito.

GERARDO

¿Quién a Casilda el maldito  
papel escribió?

DOCTOR

Tancredo.

GERARDO

Pues a él en costas puedo  
condenalle por lo escrito.  
Si por mí el viaje acetas,  
al marido le haré costas,  
porque serán dulces tretas  
que ella me tenga las postas  
y él pague las agujetas.  
Quiero, con ardid extraño,  
que las cosas de este daño  
él las pague, porque entiendo  
se disimula un remiendo  
mejor si es del mismo paño.

DOCTOR

¿Cómo ha de s

GERARDO

Bien está.

¿Qué tenemos de Leonora?

DOCTOR

Su nombre te lo dirá;  
que era un león no ha una hora  
y es una cordera ya.  
Visítola de opilada,  
y a su pulso tu embajada  
con estos dedos le digo;  
que aprovecha mucho al higo  
una y otra pulgarada.



Fingí tu billete luego  
y léiselo también,  
instando mucho mi ruego  
en que algún duro desdén  
no fuese porte del pliego.  
Representéle el afán  
que tendrá, si a Don Tristán  
se la concede su hermano,  
que, aunque es galán no muy cano,  
es más viejo que galán.

GERARDO

¿Qué hay pues de ese casamiento?

DOCTOR

Que no lo rehúsa Enrico.

GERARDO

¿Con un hombre de años ciento?

DOCTOR

Nunca tiene edad el rico.

GERARDO

Siempre es pobre el avariento.

DOCTOR

Verdad es, y bien verdad,  
que con gran puntualidad  
Enrico me ha cometido  
que al señor barbiteñido  
le verifique la edad.

GERARDO

¿Quién tendrá en los años cuenta  
que sabe engañar la tinta?

DOCTOR

Muy poco importa que mienta  
la brújula de la pinta  
a los que han hecho setenta.

GERARDO

¿Qué respondió al fin Leonora?

DOCTOR

Que esta noche tendrás hora.

GERARDO

¿Y si yo hiciese ya  
como introducirme allá,  
gritaría la señora?

DOCTOR

¿Y el ídolo soberano,  
de beldad imagen rara,  
Casilda?

GERARDO

Doyle de mano.

DOCTOR

Soplado me has en la cara  
en la mitad del verano.

GERARDO

Su nombre ya con su fama  
escupo.

DOCTOR

¿No es ya tu dama  
madona?

GERARDO

Leonora viva.

DOCTOR

Arrójome a tu saliva  
como a los baños de Alhama.

GERARDO

¿Tanto de esta novedad,  
Carlino amigo, te huelgas?

DOCTOR

Celébrala mi amistad,  
porque tu memoria cuelgas  
hoy a la inmortalidad.  
Tras cinco años de martirio  
y ceguedad, gran colirio  
te ha traído Rafael;  
y si te le trajo él,

su altar ilustrará un cirio.

GERARDO

Agradézcote esa cera,  
ofrenda, al fin, de tu celo.

DOCTOR (Aparte.)

Cuando yo se la ofreciera,  
Casilda, bien sabe el cielo  
que a tu devoción ardiera.  
Adoro tu sombra.

GERARDO

Baste

que mi hacienda se gaste  
sin desperdiciar mis años.

DOCTOR

Llegado han ya tus engaños  
a la tienda del contraste.

GERARDO

Si acaso noticia tienes,  
mis prójimos en el Pardo  
traen penachos tan solemnes,  
como a tu amigo Gerardo  
orlan sus benditas sienes.  
Vive Dios, que no me visto  
de las pieles en que he visto  
gamuzarse otros galanes,  
por no quedar con los canes  
por lo cervantes malquisto.  
Quince años ha que ando,  
de lo que ahora me pesa,  
harpías alimentando  
que, sobre ensuciar mi mesa,  
todas se han ido volando.

DOCTOR

¿Con quién batieron sus alas  
esos pájaros, que igualas  
a las aves de Fineo?

GERARDO

Por Dios, que aun éstas no creo  
que fueron de uñas tan malas.  
Una con un ginovés,

otra con un capitán  
que pasó a Flandes después;  
otra con un gavilán  
capirote de baldrés.

DOCTOR

¿No añades a esas desgracias  
los embustes y falacias?...

GERARDO

¿De quién?

DOCTOR

De aquella mozuela,  
cuya casa era vihuela  
de seis órdenes.

GERARDO

Deo gracias.  
El fin ya de esa derrota  
un matrimonio ha de ser.

DOCTOR

De cierto ladrón se nota  
que se iba a retraer  
debajo de la picota.

GERARDO

Quédese esto aquí, que voy.

DOCTOR

O yo Carlino no soy,  
o a buscar vas a Tancredo.

GERARDO

Es verdad, porque si hoy puedo  
me he de satisfacer hoy.  
Vete con Casilda tú,  
que te ha enviado a llamar.

DOCTOR

¿Hala asombrado algún bu?

GERARDO

Yo, entretanto, iré a buscar  
cien vecinos del Perú.

DOCTOR

Como tú la boca le abras,  
de los que trajo en las zabras,  
mil te dará, yo lo fío.

GERARDO

Voyme, y si acá te le envío,  
entreténmele en palabras.

DOCTOR

¿Tomará traídos balajes  
esa garduña señora?

GERARDO

Tomara que estos ultrajes  
no sepa Casilda.

DOCTOR (Aparte.)

«Ahora  
lo veredes», dijo Agrajes.

GERARDO

Amigo, ¿qué dices?

DOCTOR

Digo  
que no debe ser mi amigo  
quien de mí eso se promete.

GERARDO

Quédate, y perdona.

DOCTOR

Vete,  
que yo me quedo conmigo.

(Vase GERARDO.)

Profunda ciencia de valor divino,  
de Apolo nieta y de Esculapio hija,  
cuyas insignias son una sortija,  
precioso engaste de un guijarro fino;  
con tu licencia ya el Doctor Carlino  
de tu amarilla borla se cobija,  
falsamente arrollando en su valija

el mal iluminado pergamino:  
despojos de un hermano, que en Valencia  
murió en tus facultades graduado,  
y mi necesidad los hizo herencia.  
Si pequé en ello, muera el que ha pecado;  
mas oye antes quién soy, sagrada ciencia,  
porque muera a lo menos confesado.  
Un pobre aragonés soy,  
nacido en Calatayud  
de humildes padres, mas limpios  
como el rayo de la luz.  
Fuime a Valencia muchacho,  
adonde en mi juventud  
fui demonio por Valencia,  
encarnado y aun azul.  
Aprendí allí lo que basta  
para engañar al común  
con dos o tres aforismos  
del médico de Corfú.  
Murió mi hermano, y dejóme  
sus cartas en un baúl,  
con que pienso marcar  
todo el Norte y todo el Sur.  
En sus grados y en su nombre  
me embestí con promptitud,  
y llegué a esta ciudad, donde  
soy un Galeno andaluz.  
Sangro al tiento y purgo al vuelo  
sin tener método algún,  
como pescador de caña  
o tirador de arcabuz;  
y tengo, gracias a Dios,  
tanta dicha en dar salud,  
que mis primeras visitas  
son vísperas del capuz.  
Con los de mi facultad  
soy un mico de Tolú,  
que con monerías granjeo  
amistad y gratitud.  
Portundo soy en el mar,  
que haciendo a todos el buz,  
buen viaje digo a todos  
aunque encuentre con Dragut.  
¿Yo sustentar opiniones  
contra el Doctor Dingandux,  
que no sustento una mula

por no dalle medio almud?  
¿Yo conferencias en juntas,  
que el horno son del Padul,  
poca poya y muchas voces,  
sombbrero y mientes tú?  
Abrenuncio, Satanás;  
a otra puerta, Bercebú:  
que mi negocio es solapo,  
lisonja y solicitud.  
Curo las damas del pueblo  
y trato la jumentud  
de los galanes, y a todos  
soy médico de orozuz:  
dulce, pero chupativo,  
que, pregonando virtud,  
la voz tengo de Jacob  
y las manos de Esaú.  
Confieso de cuando en cuando  
en el nombre de Jesús,  
con que el más celoso fía  
su encina de mi segur.  
Los búcaros para mí  
son las minas del Perú,  
según tengo de opiladas  
infinita multitud.  
Visítolas; y a las bellas,  
como si fueran laúd,  
busco en los trastes del brazo  
consonancias de salud.  
Si las sangran del tobillo,  
asisto con una luz  
a ver trozos de marfil,  
cual no los vio Calicut.  
Miro manos, y sé de ellas  
lo que sabe un avestruz,  
a lo cual acuden todas  
como moscas a alajud.  
Hablo a Blancaflor en Flores,  
a Lindaraxa en Gazul;  
Blancaflor me da jamones,  
Lindaraja alcuzcuzú.  
Si Flores da el par de guantes  
del mejor ámbar de Ormuz,  
Gazul la cadena de oro,  
señas de su esclavitud.  
Ándome como la abeja

con prompta solicitud,  
ya desflorando el romero,  
ya sobre el almoradux.  
Fullero, siempre doy cartas  
a uno y otro tahúr;  
a los pobres doy primera  
y a los ricos les doy flux.  
A Enrico traigo en zaranda  
como grado de altramuz  
y en la red anda Tancredo  
coleando como atún.  
Don Tristán barbas al olio,  
hijo de Sarra, y Matús,  
que fue paloma y ya es cuervo  
mediante cierto betún,  
por mis trazas pisa el viento;  
Tisberto muere y, según  
le tratan mis embelecocos,  
ocupará el ataúd.  
Por medio el alma a Gerardo  
le envaino hasta la cruz  
el mayor embuste mío,  
espada de Sahagún.  
De las lágrimas de todos  
soy yo triste el arcaduz,  
y estoy llorando más que ellos,  
Amor, bien lo sabes tú.  
Refiéreselo a la ciencia,  
que es diosa de la salud,  
mientras que yo voy a ver  
la causa de mi inquietud.

(Entra CASILDA.)

CASILDA

¿Adónde bueno, Doctor?

DOCTOR

A veros, dulce Casilda.

CASILDA

Ya que la mentís, mentilda  
con más dorado color.  
Quien desde ayer por la tarde  
se ha estado sin que me vea,  
bien será que no le crea



y mejor que no le aguarde.  
Y quien por toda esa calle  
viene hablando entre sí,  
no viene a buscarme a mí;  
y así es bien que no me halle.

(Cúbrese el rostro.)

DOCTOR

Desvía la mano aleve,  
no des a la nieve enojos;  
que siendo soles tus ojos,  
no es bien que les fíes la nieve.  
Baste, lisonjera ya,  
según mal me correspondes,  
que no esté aquí lo que escondes,  
sin que escondas lo que está.

CASILDA

¡Graciosa incredulidad!  
¿Qué escondo yo, ni qué ausento?

DOCTOR

La memoria, el pensamiento,  
el alma, la voluntad.  
Porque aquí, Amor es testigo,  
sólo asiste por mi mal  
una funda de cristal  
de esto invisible que digo.

CASILDA

No poco a fe me alborota  
el sobresalto, Doctor,  
que dé alfeliche a tu amor,  
cuando entendí tenía gota.  
Y es cosa bien importuna  
que ahora me estés llamando  
no a ver a tu amor volando,  
sino a mecelle en la cuna.  
Al cabo de tantos días  
de satisfacción y fe,  
me pides ahora que  
arrulle tus niñerías.  
Cuando he liado la ropa,  
sin dejar clavo en pared,  
para que hoy vuesa merced

sea el toro de esta Europa,  
viene con impertinencias,  
y yo necia que respondo,  
con que ausento y con que escondo  
tres docenas de potencias.  
Váyase a carlinear  
con aquella opiladica  
que, porque blando le pica,  
la quiere ahora acerar.

DOCTOR

Casilda, al diamante bello  
el batillo y burilallo  
no es para despedazallo,  
sino para conocello.  
Y así, señora, el hablarte  
incrédulo de esta suerte  
no ha sido por ofenderte,  
sino por calificarte.  
Y por vida de tus ojos,  
que son de mis ojos vida,  
que nuestra amistad despida  
cualquiera ocasión de enojos.  
Hablemos de lo que importa.

CASILDA

Anda Gerardo hecho un Marte.

DOCTOR

De un cuarto de hora a esta parte  
menos ya su espada corta.  
Los celos envainó ya  
por flechar amores nuevos,  
y yo le empollé los huevos  
que ahora sacando está.

CASILDA

¿Por qué, di?

DOCTOR

Porque a un doctor  
ocasiones peligrosas  
fuerzan a usar de ventosas  
para divertir a Amor.  
Ya te dije en el estado  
que le dejé con Lucrecia,

que si no es ahora necia  
cien escudos ha tocado.  
Y si él es discreto ahora,  
afirmarte muy bien puedo  
que se los pidió a Tancredo  
para dar a la señora.

CASILDA

¿De suerte, amigo, que dices  
que al Capricornio galán  
sacándole ahora están  
de su brazo las narices?

DOCTOR

Eso es mismísimamente.

CASILDA

¿A Tancredo?

DOCTOR

¿A su mercé?

CASILDA

¡Excelente cosa, a fe!

DOCTOR

Pero no muy excelente,  
que al pagar darán cuidado;  
que no es granjería muy rica  
el crédito en la botica,  
si es lo que tomáis fiado.  
Dos veces el gusto estraga  
sin ninguna bastar poma:  
la una cuando se toma,  
la otra cuando se paga,

CASILDA

¿Cento scuti?

DOCTOR

Di oro in oro.

CASILDA

Cancaro.

DOCTOR

Cazzo madona.

CASILDA

Galantísima persona  
habrá andado con el toro.

DOCTOR

Parece que huelgas de ello.

CASILDA

Parece que no me pesa,  
pues me obliga más apriesa  
a sacudillo del cuello.

DOCTOR

Pues luego esta noche quiere  
cerrar con otro bagaje.  
Perdóneme el mal lenguaje  
la madama por quien muere.

CASILDA

¿Es Leonora?

DOCTOR

La repropia.

CASILDA

No hay que pedille perdón,  
que en ella es la discreción  
blanco y rubio en Etiopía.

DOCTOR

No tienes razón, que es  
discreta.

CASILDA

Como tu mula.

DOCTOR

Eso poco la atribula,  
porque yo ando en mis pies.

CASILDA

Yo haré que mula te den.

DOCTOR

No será en este lugar,  
aunque esto de muladar  
en ningún lugar más bien.

CASILDA

Si eres mi esposo esta noche,  
ver mañana determino  
en mula al Doctor Carlino  
y a doña Casilda en coche.

DOCTOR

¡Oh qué donaire! ¡Oh qué historia  
para un doctor de estornudos!  
que le pagan en menudos,  
cuando no es en pepitoria.

CASILDA

No entiendo eso cómo es.

DOCTOR

Yo sí, y tú lo entenderás,  
cuando me paguen los más  
en beso manos y pies.  
Que el pagar no es ordinario  
en ochavos, pues se tiene  
por fiesta harto solene  
la que trae tal ochavario.  
Y hay mayor mal, que un criado  
le impone sisa mayor  
a la paga de un doctor,  
que a la carne y al pescado.  
Como no hay otra moneda  
si no es ésta de vellón,  
paje o pájaro sisón  
con buena parte se queda.  
Y hay días, Casilda, hartos,  
si la memoria recoges,  
que todos son ya relojes  
principalmente en dar cuartos.  
Con estas ayudas que  
Hipócrates nos dejó,  
¿qué mula he de tener yo?

CASILDA

¿Qué mula? Yo lo diré:  
una nueva pisadora,

y negra como una endrina,  
que sólo será mohína  
por la que te ha dado ahora.

#### DOCTOR

¿Pues no me ha de amohinar,  
que me obligues a tener  
lo que mañana has de ver  
que no puedo sustentar?  
Cuanto más, si he de decillo,  
que cualquier Doctor Galeno,  
y más si es ventidoseno,  
una mula es su cuchillo.  
Halló por su dicha el triste  
visitas en su visita;  
la ocasión le solicita,  
su flaqueza no resiste.  
Quédase el pobre aleando  
en las varetas de liga  
y, mientras en la vejiga  
está la orina mirando  
de las picantes señoras,  
la mula con su percox,  
hecha mano de reloj,  
-señalando está las horas.  
Y de la suerte que un ojo,  
en la margen de una historia,  
al más flaco de memoria  
le está haciendo del ojo;  
en la margen de la casa,  
donde más se disimula  
un doctor, tiene su mula  
tres ojos para el que pasa.  
Para el que yendo pían piano,  
déle o no le dé molestia,  
ha de conocer la bestia  
del señor Doctor Fulano.  
Eso no, amiga.

#### CASILDA

Eso sí,  
amigo, así os guarde Dios:  
mula ha de haber para vos,  
como coche para mí.  
Y si no coche, escudero  
calviluciente y barbón,

no amovible, ni alquilón,  
festivo, ni dominguero,  
que cada sábado vea  
la letra dominical,  
sino un barbas de Nabal,  
sea Carmelo, o lienzo sea.

DOCTOR  
Doña Casilda.

CASILDA  
Doctor.

DOCTOR  
Aún no estamos desposados  
para recibir criados.  
Consideradlo mejor.

CASILDA  
Antes que llegue a ser novia  
escudero quiero cano,  
que me reciba la mano  
sobre paño de Segovia.  
Porque hará buena acogida,  
según tienen vecindad,  
paño de aquella ciudad  
a nieve de la Fuenfrida.

DOCTOR  
¿Qué determinas al fin  
echar de Ñuflo García  
por medio de una crujía  
que crujir haga el chapín?  
¡Oh vanidad de mujer!

CASILDA  
Maridico de futuro,  
escudero quiero puro.

DOCTOR  
¿Pues aguado puede ser  
si no se busca despacio?

CASILDA  
Ñuflos y reñuflos chero.

DOCTOR  
¿Cuántos, niña?

CASILDA  
Un escudero.

DOCTOR  
Lo concedo.

CASILDA  
Vi ringracio.  
Nunca tratara mi hermana  
con el figón que trató,  
porque no aprendiera yo  
cualque parola toscana.

DOCTOR  
Todo se admite en palacio,  
Casilda.

CASILDA  
¿Luego decís?  
que con buen gusto me oís?

DOCTOR  
Volentieri.

CASILDA  
Vi ringracio.  
Sólo resta que me des  
palabra.

DOCTOR  
¿De qué, señora?

CASILDA  
De comprar.

DOCTOR  
¿Qué?

CASILDA  
Una andadora  
que te solivie los pies.  
Una que, aunque con afán,  
haciendo su freno pluma



y tinta fina su espuma,  
escriba en cada zaguán:  
«Aquí llegó a esta posada  
un doctor, que traer pudiera  
el olio en la faltriguera  
y en la pretina la azada».

DOCTOR

¿Pullitas, Casilda, a mí?  
No quiero mula que escriba.

CASILDA

Sí, Doctor, así vo viva,  
o me desmayaré aquí.

DOCTOR

No haréis tal, por San Acacio;  
que me iré antes.

CASILDA

Ya me fino.  
Mula, Amor; mula, Carlino.

DOCTOR

La comprarò.

CASILDA

Vi ringracio.

(Entra TANCREDO.)

TANCREDO

Señores míos, ¿qué voces  
son éstas? ¿Qué es lo que pasa?

DOCTOR

No ha entrado una mula en casa  
y ya está tirando coces.

CASILDA

De melindroso el Doctor  
se ha perdido y de gallardo,  
-siendo como es de él Gerardo  
tan amigo y tan señor.  
Llegó ayer un forastero  
vendiendo una mula negra

(que aun la relación alegre  
y vale cualquier dinero),  
concertóla en cien ducados,  
que cien maravedís son;  
pero en tan fuerte ocasión,  
que me ha puesto a mí en cuidados.  
Está el pobre sin un cuarto,  
Gerardo sin un real.  
Yo, aunque no tengo caudal,  
el caudal que tengo parto.  
Ofrézcole mis joyuelas  
aun para más que empeñallas,  
él no ha querido aceptallas;  
melindre de cuatro suelas.  
En esta medio batalla  
estábamos no ha un momento.  
Yo de corrida la cuento,  
y él de empachado la calla.

TANCREDO

Doctor, si una empresa honrada  
es para amigos de ley,  
aquesta empresa, buen Rey,  
para mí estaba guardada.  
Cuanto más que entiendo yo,  
y no lo dudo señora,  
que para esta mula ahora  
cien escudos me pidió  
Gerardo; y fue gran ventura  
el tenellos tan a punto.

CASILDA

Que fueron éstos barrunto  
para otra cabalgadura.

TANCREDO

¿Compra algo?

CASILDA

No, sino paga  
una yegua de un amigo.

TANCREDO

Holgaré, Dios es testigo,  
que de ella se satisfaga.  
¿Es buena, sí dicen?

CASILDA

Creo

que te ha de parecer bella,  
porque tú has andado en ella.

TANCREDO

¿Es la yegua de Amadeo?

DOCTOR

Sea la yegua la que fuere;  
de tu ánimo, Tancredo,  
tan agradecido quedo  
cual lo verá quien viviere.  
Guarda, amigo, tu dinero,  
si a mi gusto te regulas,  
que cuando yo quiera mulas,  
me las hará el zapatero.  
Comprar mula mi pobreza  
muy grande locura es;  
bástame el corcho en los pies,  
sin subirlo a la cabeza.

CASILDA

Oh qué humildades son esas,  
Doctor, tan impertinentes;  
muy grande flaqueza sientes  
de la amistad que profesas.  
Con los que podrán pensar  
que sin duda debes ser  
cobarde en agradecer  
y olvidadizo en pagar.

DOCTOR

No soy, puédolo decir  
a fe de doctor de bien,  
sino el mismo empacho y quien  
morirá por no pedir.

CASILDA

Deja que los pida yo  
a quien los pagaré presto.

TANCREDO

Muy bien, Doctor, me está esto.

DOCTOR

Señor Tancredo, a mí no.  
¿Pedir para mí y quedar  
a la satisfacción de ello?  
Tus labios, Casilda, sello  
para no dejarte hablar.

TANCREDO

Ya es mucho melindre ése,  
si yo con gusto dar quiero  
a Casilda este dinero  
y ella aceptallo, no os pese;  
fuera de que para esto  
Gerardo me envió acá,  
y muy bien dispuesto está,  
si ello así estaba dispuesto.

DOCTOR

Por la borla de mi grado,  
que pensar tal no es razón,  
o muera de torozón  
la mula que aún no he comprado.  
Para lo que acá te envía,  
yo después te lo diré;  
que cierta cosa es, a fe,  
mucho más tuya que mía.

TANCREDO

Voy pues.

DOCTOR

¿Adónde?

TANCREDO

A mi casa  
por los dineros.

DOCTOR

Detente,  
que ir no es cosa conviniente  
donde de celos se abrasa  
tu mujer. Dale cuidados  
Casilda, ¿y para el Doctor,  
que solicita su amor,  
vas a sacar cien ducados?  
Sacarásla de jüicio.

CASILDA

¡Válgame Dios! ¿Y tan recia  
es la señora Lucrecia?  
Vestíos, Tancredo, un silicio.  
Ocúpese la señora  
en el bastidor que está,  
sin que en más dibujos ya  
se meta.

TANCREDO

¡Es gran bordadora!

DOCTOR

Dinerillos este día  
el bastidor le ha valido.

TANCREDO

Nunca yo, Doctor, le pido  
cuenta de su granjería.

CASILDA

Yo apostaré que a esta hora  
se ha dado algún agujazo.

DOCTOR

Al menos sin embarazo  
trabaja.

TANCREDO

¡Es gran bordadora!

DOCTOR

A fe que te quiere bien  
quien de tu mujer te cela:  
victorioso el favor vuela,  
vencido huye el desdén.

CASILDA

A fe que ha sido el Doctor,  
como docto y como diestro,  
famoso abogado vuestro  
en las audiencias de Amor.

TANCREDO

Humilde y agradecido,

cuando no fuera de seso,  
a la una los pies beso  
y al otro las manos pido,  
para no tan sólo en ellas  
ponelle los cien escudos,  
sino pensamientos mudos  
más que tiene el cielo estrellas.

DOCTOR

Dad, Casilda, a tal amante  
señas de vuestra amistad.  
¿Tenéisle amor?

CASILDA

Voluntad.

DOCTOR

¿Con firmeza?

CASILDA

De diamante.

DOCTOR

¿Qué ha de ser?

CASILDA

Favorecido.

DOCTOR

¿Cuándo?

CASILDA

Vos lo sabéis eso.

TANCREDO

A la una los pies beso  
y al otro las manos pido:  
pues en ellas veo que están,  
según mi ventura quiso,  
las llaves del Paraíso  
de este venturoso Adán.

DOCTOR

¿No habla muy bien?

CASILDA

Dulcemente.

DOCTOR  
¿Persuade?

CASILDA  
Y aun obliga.

DOCTOR  
¿Qué habéis de ser ya?

CASILDA  
Su amiga.

DOCTOR  
¿Inconstante?

CASILDA  
Consistente.

DOCTOR  
¿Qué merece?

CASILDA  
Ser querido.

DOCTOR  
¿Con demasiada?

CASILDA  
Con exceso.

TANCREDO  
A la una los pies beso  
y al otro las manos pido.  
Y sin más aguardar, voy  
a traer este dinero.

DOCTOR  
De tu casa no lo quiero.

TANCREDO  
No será, a fe de quien soy.

CASILDA  
Id por él, pues; y volved

advirtiéndome, amigo leal,  
«non fagades ende al  
so pena de mi merced».

(Vase TANCREDO.)

¿Qué tal ya la mula es,  
Doctorísimo señor?

DOCTOR

Casildísima, mejor  
que las que calzan mis pies;  
pues que, sin andar, mejoro  
mis pasos y decir puedo,  
si presta en oro Tancredo,  
que es la mula como un oro.

CASILDA

¡Qué socarrón tan cruel  
has andado con este hombre!  
Celebren de hoy más tu nombre  
treinta palmas y un laurel.

DOCTOR

¡Oh qué atractivo diapalma  
fuiste, amiga, para el mismo!  
Bien te debe el chupatismo  
cien laureles y una palma.

CASILDA

Mirad con que dos se toma,  
y entre que dos piedras imanes  
le suspenden sus afanes  
al zancarrón de Mahoma.

DOCTOR

Muy bien has andado hoy:  
desollarás mil Tancredos,  
si tus ojos y mis dedos  
hacen señas de rentoy.  
No falten para el Medoro  
que cité denantes yo.

CASILDA

Si es Enrico, ya pasó  
con grande cadena de oro.



DOCTOR

Volverá a dejar Enrico  
el cabestrillo dorado,  
que al cuervo lisonjeado  
queso se le cae del pico.

CASILDA

Bien fiarás de la zorra  
que, por más que sea protervo,  
no volará tanto el cuervo  
cuando ella en su alcance corra.

DOCTOR

O pídele a la tortuga  
te preste el paso en la arena  
para alcanzar la cadena  
y acelerar nuestra fuga.

CASILDA

¿Para cuándo la señalas?

DOCTOR

Para esta noche la guardo,  
si encerrar puedo a Gerardo:  
que es su prisión nuestras alas.

CASILDA

¿Dónde, amigo, y de qué modo?

DOCTOR

En casa de Enrico, señora.  
No preguntes más ahora,  
que después lo sabrás todo.  
Y antes de nuestra partida  
dejemos el finiquito  
que los hebreos a Egipto  
la noche de su huida.

CASILDA

¿Cómo?

DOCTOR

Pidiendo y llevando,  
que mulas tengo alquiladas  
de pensamientos herradas,

que nos sacarán volando.

CASILDA

Hágase de esa manera.  
Hurtémonos a esa hora,  
que quiero morir doctora  
si he vivido bachillera.  
Patria, adiós, posada mía,  
nudoso balcón gallardo  
que los celos de Gerardo  
vistieron de celosía:  
habiendo en casa postigo,  
que se abre sin que se oya,  
por do entró el caballo a Troya  
preñado de quien no digo.  
Paredes, que piedras nuevas  
os dieron dulces canciones  
de músicos Anfiones,  
como a los muros de Tebas.  
Calle, que centellas puras  
despediste ya, sacadas  
cuando no a golpes de espadas,  
a fuerza de herraduras.  
Casilda se va y os deja  
por un matrimonio honrado:  
escudero, don, estrado,  
dueña en sala y mico en reja;  
pero no temáis que impida  
desvanecimiento nuevo  
el sentimiento que os debo  
por leyes de la Partida.

(Llora CASILDA.)

DOCTOR

¿Lloras, Casilda? Y yo lloro  
por seguirte, pues me sigues.  
Quiera Dios que no me obligues  
a más por leyes de Toro.

(Hace que llora el DOCTOR y entra ENRICO.)

ENRICO

¿Qué desgracia ha sucedido,  
que tantas lágrimas cuesta?

CASILDA

No es ya sino razón ésta:  
regar lo que se ha barrido.

ENRICO

Grandes señas son de enojos  
ver rompidas sin consuelo  
las cataractas del cielo  
que se abrevia en vuestros ojos.

DOCTOR

Del diluvio sólo sé  
que aquel aposento esconde  
las sierras de Armenia, donde  
paró el arca de Noé.  
Sus ruinas podréis verlas  
sin las aves que batieron  
y animales que movieron  
plumas de oro y pies de perlas.

ENRICO

No entiendo.

DOCTOR

Lesbina ayer  
una arca descerrajó  
y a Casilda le llevó  
hasta el menor alfiler.  
Vienes muy en hora buena,  
a tiempo que traes, Enrico,  
si la oliva no en el pico,  
el arco en esa cadena.

CASILDA

Miente el Doctor.

DOCTOR

Es verdad.

ENRICO

Sí, dulce señora mía,  
de esta cadenilla fía  
amor tu serenidad;  
aunque cuatro caracoles  
no vale, sírvete de ella:  
que no es bien, Casilda bella,

que humedezcas más tus soles.

CASILDA

Aunque era criada nueva,  
Lesbina, llorar me place  
la soledad que me hace,  
no las cosas que me lleva.  
Y pues que no lloro aquí  
sino la ausencia que digo,  
la cadena os dejo, amigo,  
porque no huyáis de mí.

DOCTOR

(En secreto.)

Necia sois mayor de marca  
si tal hacéis; recibida,  
que bien estará, Casilda  
el arco dentro del arca.

(Vuélvese a ENRICO.)

También yo a Casilda cedo  
en ocasión como ésta,  
cien ducados, que me presta  
para una mula Tancredo.  
Y está ya la impertinencia  
tan señora de vasallos,  
que no ha querido aceptallos:  
no sé qué sueña Su Encia.

ENRICO

Basta que el ofrecimiento,  
amigo Doctor, sea mío,  
para que vista un desvío  
Casilda de cumplimiento.

CASILDA

Si basta un solo cabello  
para atar mi voluntad,  
sin que haya necesidad  
de echarme cadena al cuello,  
con razón, Enrico, poca  
en prisión me ponéis dura:  
que esclava soy bien segura  
y amante no soy muy loca.

DOCTOR

¡Qué cosa tan porfiada!  
Dadme la cadena a mí.

ENRICO ¡Doctor mío, veísla ahí.

(Toma el DOCTOR la cadena.)

DOCTOR

No hay cosa de oro pesada.  
Si derribare la mano,  
tanto más será suave,  
que es bienquisto por lo grave  
este metal indiano.  
Toma.

(Dale la cadena a CASILDA.)

CASILDA

¿Qué?

DOCTOR

Desembaraza  
la mano.

CASILDA

¡Oh, qué gran fatiga!

DOCTOR

Chitón, que ésta no es, amiga,  
cadena, sino mordaza.

CASILDA

¡Tal violencia! Dios, Lesbina,  
no perdone tu flaqueza,  
que tu hurto fue pobreza  
y su reparo es mohína.

DOCTOR

Por Dios, que haces agravio  
a la voluntad de Enrico.  
Tenle por mancebo rico  
y por galán sin resabio.  
No le conoces bien tú.

ENRICO

Ojalá cada eslabón

de oro tuviera un millón  
y de hechura un Perú,  
que aun no tuviera valor;  
cuanto más una cadena  
que sólo tendrá de buena  
dalle tú su resplandor.

(Toma CASILDA la cadena.)

CASILDA

Ojalá Enrico gallardo  
batiera el tiempo a compás  
alas de mi amor no más,  
y no celos de Gerardo,  
para que en dulces empleos  
vieran nuestros corazones  
logradas las ocasiones,  
satisfechos los deseos.  
¿Soy ninfa silvestre, y vos  
algún monstruo de la tierra  
que con pies de cabra yerta  
hecho de las selvas Dios,  
para que yo fugitiva  
por el monte y la campaña  
mi cuerpo esconda una caña  
y eterno mi desdén viva?  
No sois sino quien recelo  
por vuestra edad floreciente,  
os desvanezca una fuente  
o os arrebate algún vuelo.  
Porque vuestras partes bellas,  
si no mienten mis temores,  
darán número a las flores  
cuando no pisen estrellas.

DOCTOR (Aparte.)

Tomad, niñas, para hilo,  
que se gasta el fabulaje,  
Satanás corta el lenguaje  
y Judas cose el estilo.  
¿Tal sois, señora mujer?  
Pues, aunque pavón no soy,  
trescientos ojos desde hoy  
en la cola he de tener.

ENRICO

Dame el cristal de tus manos,  
sirena dulce y cruel,  
para que, viéndome en él,  
haga tus temores vanos.  
Y mírame en paz, que a fe,  
si me das este consuelo,  
que los faroles del cielo  
ponga debajo del pie.

DOCTOR

Tancredo viene, señores:  
hipocresía, medida.

ENRICO

¡Oh qué corta es mi ventura!

DOCTOR

Ya llega a los corredores.

(Entra TANCREDO.)

TANCREDO

¿Enrico?

ENRICO

¿Tancredo?

TANCREDO

¿Acá?

ENRICO

Vengo a buscar al Doctor,  
que no sé con qué dolor  
mi hermana Leonora está.

CASILDA

Gran pena me ha dado Enrico  
con el dolor de su hermana.

TANCREDO

¿La causa es grave?

ENRICO

Liviana.

DOCTOR

Y yo que lo certifico.

(Hablan a coros, en secreto, TANCREDO con el DOCTOR a una parte,  
y a otra CASILDA con ENRICO.)

TANCREDO

Doctor.

DOCTOR

Amigo, hablad quedo.

CASILDA

Mi gusto, Enrique, os ordena  
que del hurto y la cadena  
no sepa nada Tancredo.

ENRICO

Casilda, harélo así.

CASILDA

Muy bien está. Basta que  
la mula al Doctor le dé  
sin que me dé nada a mí;  
que en materias de interés  
soy mariposa que vuela  
a la luz de la candela  
donde fenece después,  
simplicísima.

DOCTOR

Eso no.

TANCREDO

Doblonos son en verdad.

DOCTOR

A Casilda se los dad,  
pues Casilda los pidió.

CASILDA

Enrico, el Doctor ahora  
dirá el modo que ha de haber  
para volveros a ver  
solo esta noche.

TANCREDO



Señora.

ENRICO  
¡Oh gloria mía!

TANCREDO  
El Doctor  
os remite este dinero.

CASILDA  
Hoy le hacéis caballero.

TANCREDO  
Él me hará gran señor.

CASILDA  
Llegaos acá.

(Truécanse y vuelven a hablar en secreto, a coros, CASILDA y TANCREDO a una parte,  
y el DOCTOR y ENRICO a otra.)

ENRICO  
En mi verdad  
que se me había olvidado  
lo que más me da cuidado.

DOCTOR  
¿Qué es? Dilo.

ENRICO  
Esta negra edad  
de Don Tristán, que bien negra  
la está haciendo la tinta,  
pues cuanto más él se pinta  
más se ensucia y nos alegra.

DOCTOR  
Yo lo sabré en un momento  
con una traza discreta.

ENRICO  
¿Con qué?

DOCTOR  
Con una receta,  
potro al darle este tormento.

TANCREDO

¿Esta noche tal favor?

CASILDA

El Doctor os dirá cómo.

TANCREDO

Las manos, señora, os tomo  
para besallas.

(Vuélvese CASILDA a hablar alto con el DOCTOR.)

CASILDA

Doctor,  
mirad no venga Gerardo:  
llevad estos caballeros.

DOCTOR

¿Volveré esta noche a veros  
con lo que os he dicho?

CASILDA

Aguardo.

(Vase CASILDA.)

TANCREDO (Aparte.)

Connigo debe de ser.

ENRICO (Aparte.)

Yo apostaré que es connigo.

TANCREDO (En secreto.)

¿Hemos de volver, amigo?

ENRICO (En secreto.)

¿Amigo, hemos de volver?

DOCTOR

¿Vámonos, señores?

TANCREDO

Sí,

ENRICO

vamos.

DOCTOR (Aparte.)  
¡Qué lindos camellos!  
Han pensado que es a ellos,  
y aguarda a mihi vel mi.

(Vanse.)

## ACTO SEGUNDO

(Entran GERARDO y LUCRECIA.)

GERARDO  
Lucrecia bella, el Príncipe Troyano,  
que tan por su mal fue pastor Ideo,  
cuando admitió a duelo soberano  
tres derechos divinos y un deseo,  
no vio distinto, no, en medio del llano  
lo que yo junto en vuestro lecho veo:  
beldad desnuda con saber armado  
y valor de excelencias coronado;  
y así en mi bolsa he dado  
a Venus los estrechos dulces nudos,  
a Juno el oro, a Palas los escudos.  
Reales plumas (cuyo dulce vuelo  
si de plumas no fue, fue de reales)  
me levantaron hoy a vuestro cielo,  
adonde el néctar se sirvió en cristales  
y en los rubíes dos, que admira el suelo,  
cuantos labran dulcísimos panales,  
hechos abejas de Hibla, los amores:  
que son miel y no dejan de ser flores.  
¡Soberanos favores!  
ser de Venus, si no Adonis segundo,  
el primer Ganimedes en el mundo.  
Lasciva invidia le consume el pecho  
al decano inmortal del alto coro  
que, por manchar un casto y otro lecho,  
fingió ser cisne ya, mintió ser toro:  
de que por más hermosa causa, hecho  
luciente pluvia yo de granos de oro,  
si engañar al cuidado no he sabido

de un padre rey, de un viejo prevenido,  
al menos de un marido  
frustrar sé los designios  
(Aparte.)  
(de quien hube  
los granos de oro que llovió la nube).  
No cuente piedra, no, este alegre día,  
que a tanta dicha su blancura es poca;  
cuéntenle perlas, que el Oriente fía  
de la purpúrea concha de tu boca;  
cristal le cuente, que la industria mía  
en tu roca gozó, que ya no es roca,  
sino cuerpo de espumas animado  
que venera por madre el Dios vendado.  
¡Dichoso el que a tu lado  
no a lumbre muerta en noche gozó obscura,  
sino con sol, el sol de tu hermosura!

#### LUCRECIA

Bien quedo lisonjeada  
del servicio que te he hecho,  
si tanto vas satisfecho  
cuanto me dejas pagada;  
y aunque te he servido en nada,  
estimar puedes, Gerardo,  
que del lecho que mal guardo  
las primeras son tus huellas:  
disculpen el yerro ellas,  
pues son de pie tan gallardo.  
Que aunque de estos yerros es  
cualquiera disculpa mala,  
o bien los lime la gala,  
o los dore el interés,  
pondérenmelos después  
la que tragar brasas pudo,  
o la que al puñal desnudo  
dio el pecho, que admitirán  
la lima de tal galán  
y el oro de tanto escudo.

#### GERARDO

Esto, señora Lucrecia,  
no es sino como se toma,  
que de la que admiró Roma  
hiciera donaire Grecia.  
Necia fue Porcia, y más necia

la de tu nombre, y lo fundo  
en que a Porcia echó del mundo  
el no admitir segundo hombre,  
y nada a la de tu nombre,  
admitido ya el segundo.

LUCRECIA

Cuando no sea a la malicia  
del vulgo, en todo ignorante,  
la satisfacción bastante  
de tu gracia y mi cudicia,  
defenderá mi justicia  
un Doctor que me ha inducido  
a todo lo que has querido:  
un Doctor tan bachiller,  
que es salud de la mujer  
y enfermedad del marido.

GERARDO

Que el vulgo se satisfaga  
no lo solicito, amiga,  
antes le dejo que diga,  
como él me deje que haga.  
Que es impertinente y vaga  
la satisfacción del necio,  
pues cuanto más la da recio  
tanto más la hace pregón,  
y así de satisfacción  
la convierte en menosprecio.  
Holguémonos, por tu vida,  
sin dar a nadie respuesta,  
que acusación manifiesta  
es la excusa no pedida.

LUCRECIA

Mejor es que te despida,  
porque no venga Tancredo.

GERARDO

No tengas, Lucrecia, miedo;  
que yo sé que anda ocupado,  
y estar sobre su cuidado  
como sobre prendas puedo.

LUCRECIA

No es nuevo el entrar en casa,

en el lecho sí, Gerardo,  
y así del lecho me guardo  
no le diga lo que pasa.  
Su cielo dará una voz,  
que es cielo y sabrá tronar,  
cuando no me sepan dar  
sus sábanas una coz;  
que de las sábanas pueden  
las piernas, aunque de holanda,  
darme una coz, y no blanda.

GERARDO

A toda razón exceden  
tus temores.

LUCRECIA

Mil testigos  
es la conciencia del reo,  
y cuantos doy pasos, creo  
que son lenguas de enemigos.

(Aparte.)

¿Tisberto amigo, soy yo  
la que te desdeñó ya?  
Sí, soy; y rendida está  
quien tus señas arrastró.  
No es Amor quien me ha rendido,  
sino un vengativo afán  
por quitalle a una el galán,  
que me quitaba el marido.

(Llama TANCREDO adentro.)

TANCREDO

Lucrecia.

LUCRECIA

¡Ay, triste de mí!

GERARDO

Subid acá.

LUCRECIA

¿Qué haré?  
que el chapín me niega el pie,  
confesando la que fui.

(Entran TANCREDO y el DOCTOR.)

TANCREDO

El Doctor viene conmigo,  
Lucrecia.

LUCRECIA

Acá está Gerardo.

GERARDO

Muy gran rato ha que os aguardo.

TANCREDO

Buen alcaide es un amigo.

DOCTOR

Y más tal amigo, a quien  
le entregara yo el Peñón.

GERARDO

No se perdiera, patrón.

DOCTOR

¿Acabóse aquello?

GERARDO

Bien.

TANCREDO

¿Son menester otros mil?

GERARDO

Antes sobraron aquéllos.  
Bésoos las manos por ellos.

DOCTOR

¡Oh ceremonia gentil!

GERARDO

Pedíos el dinero yo  
para lo que efecto no hubo,  
y en lo que conmigo estuvo  
riquísimo me dejó.  
Volví a traellos volando,  
y no hallándoos aquí,  
a Lucrecia se los di,

con quien me he estado hablando.

LUCRECIA

¿Cómo? ¿Cuál? ¿Qué?

TANCREDO

Ten sosiego.

GERARDO

Los cien escudos os pido,  
que traje a vuestro marido  
y os los di a vos.

LUCRECIA

No los niego.

DOCTOR

Quisiéralos la señora  
para oro y para plata.

TANCREDO

Este bastidor la mata,  
Doctor.

DOCTOR

Es gran bordadora.

LUCRECIA

(Aparte.)

Quisiéralos, vive Dios,  
para hacer de ellos dos pagas  
a quien entrara dos dagas  
por las almas de los dos.  
¿Tal burla a Lucrecia?

TANCREDO

Amigo,  
gran pagador sois.

GERARDO

Tancredo,  
pagándoos, pagado quedo  
de mis intentos; y digo  
que, dándoos los cien ducados  
en vuestra propia moneda,  
aun escrúpulo me queda



de que os los vuelvo encornados.

TANCREDO

Con la brevedad sospecho  
que me queréis engañar.

DOCTOR

Osaría yo apostar  
que el engaño ya está hecho.

TANCREDO

¿Cómo?

DOCTOR

Como si esta tarde  
te pidiese mil escudos,  
el zurrón no tendría nudos  
y del cofre harías alarde.

TANCREDO

¿Jesús, Doctor, quién lo duda?

GERARDO

Bien sabe la que está allí  
lo que tú tienes en mí,  
y lo calla, aunque no es muda.  
Ella a lo menos dirá  
que, en baja ocasión ni en alta,  
no hace Tancredo falta  
adonde Gerardo está.  
Yo se lo estaba diciendo  
cuando tú entrabas en casa.

DOCTOR

Bien sé de eso lo que pasa.

TANCREDO

Y yo, Gerardo, lo entiendo.

LUCRECIA (Aparte.)

¿Hay quien paciencia me preste,  
para que en tantos enojos  
no me saque a mí dos ojos  
por sacalle un ojo a éste?

TANCREDO

¿Qué dices, Lucrecia?

LUCRECIA

Digo

que puedes fiar, señor,

la salud de este Doctor

y la honra de este amigo.

Cuando más suma tan breve

de dinero mal prestado

que, aunque a ti te lo ha pagado,

a mí todo me lo debe.

TANCREDO

¿Por qué?

LUCRECIA

Porque a negallo

estuve casi resuelta;

y si lo niego, otra vuelta

era forzoso el pagallo.

TANCREDO

Es verdad que algo alterada

te reconocí Lucrecia.

LUCRECIA

Alterada como necia,

y necia como burlada.

TANCREDO

¿Y qué burla fue?

LUCRECIA

Escuchad,

aunque mi honra me cuesta.

(En secreto el DOCTOR con GERARDO.)

DOCTOR

Mayor burla sería ésta

si dijese la verdad.

Barajadle el naipe vos,

o harélo yo.

GERARDO

Has de saber  
que le acabo de hacer  
un picón, y aun creo que dos.

TANCREDO  
Veamos.

GERARDO  
Yo me fingí  
corredor de unos bordados,  
para lo cual cien ducados  
en tus doblones le di.

TANCREDO  
Extremada.

GERARDO  
Luego yo,  
de la ganancia, es verdad  
que le pedí la mitad,  
y que la mitad me dio.

TANCREDO  
¿Aceptaste?

GERARDO  
Luego a la hora.  
Tras esto, de corretaje  
le pedí no sé qué gaje.

TANCREDO  
¿Diolo?

GERARDO  
Sí.

TANCREDO  
Es gran bordadora.

DOCTOR  
Baste ya, señores. Dalde  
lugar.

TANCREDO  
Ella está perdida.

LUCRECIA (Aparte.)

Es verdad que estoy corrida  
como picada de balde.  
Mas los huesos de los Laras  
de moros los vea pisados,  
si no hiciere cruzados  
los doblones de sus caras.

(Entra TISBERTO.)

TISBERTO  
¿Está acá el Doctor?

TANCREDO  
¿Sobrino?

TISBERTO  
Bésoos las manos, señor.  
Vengo a buscar al Doctor.

DOCTOR  
Aquí está el Doctor Carlino.

TISBERTO  
Don Tristán te anda buscando.

LUCRECIA  
¿Qué tiene mi tío?

TISBERTO  
Nada.

DOCTOR  
¿Dónde queda?

TISBERTO  
En su posada.

DOCTOR  
¿Solo?

TISBERTO  
Con Enrico hablando.

DOCTOR

Luego iré.

(Vuélvese a TANCREDO y dice en secreto.)

Oídmme, Tancredo,  
aunque Lucrecia nos vea:  
esta noche es bien que sea.

TANCREDO  
¿Quieres matarme? Habla quedo.

(Hablan en secreto TANCREDO y el DOCTOR.)

GERARDO  
Lucrecia bella.

LUCRECIA  
Alevoso.

(Vuélvese a TISBERTO.)

Tisberto, llégate acá.  
(Hablan en secreto.)

GERARDO  
¿Así se desdeña ya  
un amigo semi-esposo?  
No quiero serte pesado.  
Goce el pobre de Tisberto,  
sobre tres años de muerto,  
algo de resucitado.  
Lo que ha padecido el pobre  
resistiendo a tu desdén,  
escollo al mar no tan bien,  
ni al Austro se opuso robre.

TANCREDO  
Buena es la traza.

DOCTOR  
Excelente.

TANCREDO  
¿Quién, pues, hará ese ademán?

DOCTOR

¿Quién? Tisberto y Don Tristán.

TANCREDO

A toda ley, un pariente:  
Tisberto, sobrino mío,  
por suya mi honra precia;  
Don Tristán, tío de Lucrecia,  
con más de padre que tío.

DOCTOR

Muy bien les puedes fiar  
este negocio y tu casa.

TANCREDO

Bien entiendes lo que pasa  
de Pamplona y Gibraltar,  
y desde el cabo de Gata  
al cabo de San Vicente,  
más leal y más valiente  
no sirve al Rey, ni armas trata,  
que Tisberto.

DOCTOR

Escucha, pues.

(Vuelven a hablar en secreto TISBERTO y LUCRECIA.)

TISBERTO

¿Qué te movió el llanto mío?  
A no estar allí mi tío  
me derribara a tus pies.  
¿Pero qué importa que esté?  
Dame las manos, señora.

LUCRECIA

No es tiempo, Tisberto, ahora  
de besar mano ni pie,  
cuando ofrezco a tu esperanza  
lo que ha tanto que te niego,  
si de tu espada mi ruego  
impetra cierta venganza.

TISBERTO

¿Quiés que le quite algún guante  
al animal más feroz  
el imperio de mi voz,

las armas de mi semblante?  
¿Quiés con un solo bastón  
que te hurte el brazo mío,  
aunque en poder de mi tío  
te corone un escuadrón?  
¿Quiés que, después de hurtada,  
asegure nuestro amor  
la Troya de mi valor,  
cuyos muros son mi espada?

LUCRECIA

No quiero, amigo gallardo,  
tu voz, tu bastón, tu Troya,  
sino que... (escucha, no me oya  
este traidor de Gerardo).

(Vuelven a hablar en secreto.)

GERARDO

De estas dos balanzas vengo  
a servir hoy de fiel,  
y lo que yo tengo de él  
lleve Judas, si algo tengo.  
Lamedores del Doctor  
regalado me han el pecho,  
de manera que estoy hecho  
un magistral lamedor.  
Andaba yo antes muy necio  
diciendo lo que sentía,  
sintiendo lo que decía  
y dándolo todo a un precio;  
ofreciendo mi persona  
con voluntad verdadera  
a manquitos, que de cera  
se ofrecían a Madona;  
ya a lo moderno he de andar,  
colear quiero y lamer:  
al más lamido morder  
y al mordido saludar.  
A Lucrecia tengo en pan;  
en pastel me falta ahora  
de echar, si puedo, a Leonora,  
que está para Don Tristán.  
Picarésela a lo menos,  
pues tiene dientes gastados.  
Mas, necio, ¿diez mil ducados

con un ángel no son buenos?  
Bonísimos; ¿pues qué aguardo?

LUCRECIA  
¿Qué te rascas?

TISBERTO (Aparte.)  
¡Cosa es recia,  
hermosísima Lucrecia,  
cruzar la cara a Gerardo!  
¿A un amigo cuchillada?

LUCRECIA  
¿Qué me respondes?

TISBERTO (Aparte.)  
Que quiero  
consultárselo primero  
al licenciado almohada.  
No porque sepas mi tío  
quiere bien a esa mujer  
has, Lucrecia, de querer  
que mate un amigo mío.

LUCRECIA  
¿Pues, señor don Manuel,  
tal león tenéis delante  
que, en vez de quitarle el guante,  
dejáis que me dé con él?  
¿Tan gran escuadrón de gente  
es la espada de Gerardo,  
que el bastón de Mandricardo  
me desampara vilmente?  
¿Y paladión tan fiero  
vuestra Troya atemoriza,  
que ha convertido en ceniza  
los muros que eran de acero?

TISBERTO  
Lucrecia, así Dios me guarde  
que treinta paciencias pierdo,  
de que, en naciendo uno cuerdo,  
le bauticen por cobarde.

DOCTOR  
Las cosas bien se harán



si no se altera el concierto;  
lleva instruido a Tisberto,  
que yo tendré a Don Tristán.

TANCREDO

Pues, Doctor, luego a la hora  
seremos allá los dos.

DOCTOR

Señora Lucrecia, adiós.

GERARDO

Adiós Lucrecia, señora.

LUCRECIA

¿Disolviéronse los tratos?

TANCREDO

Entra acá, Tisberto amigo.

DOCTOR

«Quod scripsi scripsi», digo.

LUCRECIA

Palabritas de Pilatos.

(Éntranse TANCREDO, LUCRECIA y TISBERTO.)

DOCTOR

Buena dejás a Lucrecia.

GERARDO

Mejor queda su marido.

DOCTOR

Mi tonto esta tarde ha sido,  
mientras ella fue tu necia.

GERARDO

¿Cómo?

DOCTOR

Después lo sabrás,  
que ahora el tiempo nos falta  
para la burla más alta  
que se habrá hecho jamás.

GERARDO

Extremada fue la mía.

DOCTOR

Fuelo tanto, que por eso  
he yo nuevamente impreso  
la que encuadernar quería.

Deseo con tanto extremo  
que te cases con Leonora,  
que pienso luego a la hora  
meter vela y calar remo.

GERARDO

Pues, si he de decir verdad,  
yo más que tú lo deseo,  
por hacer tan rico empleo  
de virtud y de beldad.  
Mas tan prendado está Enrico  
con Don Tristán, que lo dejo.

DOCTOR

¿No ves que tiene de viejo  
lo que le sobra de rico?  
y más que sabe la dama  
que se anda meando en pie,  
si bien yo la he dicho que  
tiene zalea en la cama.  
Un poco al fin de la unción  
y mucho de la avaricia  
van templando la cudicia  
y apagando la afición.  
Cuanto y más que mi cuidado  
aun no te dijo denantes  
los fundamentos bastantes  
que en este edificio he echado,  
gastando con ella yo  
mucho más material  
que en el Alcázar Real  
de Toledo se gastó.  
Con que tengo las paredes  
del edificio gallardo  
en tal punto que, Gerardo,  
esta noche cubrir puedes.

GERARDO

¡Oh leal siempre Doctor!

DOCTOR (Aparte.)  
¡Tan leal como el del beso!

GERARDO  
¿Qué traza, pues, das?

DOCTOR  
A eso  
voy, señor Gobernador.  
A jugar os podéis ir  
al mandracho de Marcelo,  
hasta que el Argos del cielo  
sus ojos comience a abrir.  
Saldréis luego, y contra vos  
un hombre meterá mano,  
a quien le daréis de llano  
un espaldarazo o dos;  
no sean grandes, que al más chico  
voces dará sin concierto:  
«¡Qué me han muerto, que me han muerto!»,  
y a las voces saldrá Enrico.  
Fomente con eficacia  
vuestra turbación mi enredo,  
que él os ha de meter miedo  
ponderando la desgracia.  
Vos socarrón, él cumplido,  
pensando que os hace engaño,  
tanto apretará en su daño  
que os daréis vos por vencido;  
y en su posada ligero  
entrará, que no debiera,  
no un caballo de madera,  
sino un garañón de acero.  
Del brazo os ha de meter,  
o yo me pelaré éstas,  
donde las cosas dispuestas  
halléis a vuestro placer.

GERARDO  
¿Quién, amigo, no te abraza?

DOCTOR  
Abrazos pienso huillos,  
que ajan los abanillos

y no valen en la plaza.

GERARDO

Esta bolsa que, pendiente  
como lámpara de plata,  
sesenta doblones ata  
(si no digo ciento y veinte  
escudos, por alegrarte  
con la multiplicación),  
te ofrece mi devoción.

DOCTOR

Las manos he de besarte.

GERARDO

Éstos y más gané ayer,  
y hoy con ellos he ganado  
no menos que un nuevo estado:  
que estado es tomar mujer.  
Y más, Doctor, la gentil  
hermosa dama que ofreces;  
que es duquesa diez mil veces,  
pues trae ducados diez mil.

DOCTOR

Al encuentro ya nos salen  
Don Tristán y Enrico juntos.

GERARDO

Tomado hemos grandes puntos  
contra los dos, si nos valen.

DOCTOR

Déjalos, y a mi posada  
a Bertucho ve a mandar  
que me traiga a este lugar  
mi ferreruelo y mi espada.  
Y vuelve luego al mandracho,  
que se va poniendo el sol.

GERARDO

¿Ha de entender español  
a estas horas el borracho?

(Vase GERARDO y salen DON TRISTÁN y ENRICO.)

D. TRISTÁN

Todo hoy te ando a buscar.

DOCTOR

Aunque lo hubiera sabido,  
mis enfermos me han tenido,  
que hay muchos en la ciudad.

D. TRISTÁN

¿Qué hay enfermedades?

DOCTOR

Muchas,  
y aun casi epidemiales.

D. TRISTÁN

Renegaré de mis males.

ENRICO

Ya el Doctor pesca sus truchas.

D. TRISTÁN

Esperad, que luego salgo.

(Vase DON TRISTÁN.)

ENRICO

Seis veces en media hora  
ha entrado.

DOCTOR

Para Leonora  
es como un oro el hidalgo.

ENRICO

¿Tan enfermo y tan galán?

DOCTOR

Solicitud, pues, aprisa  
un orinal con camisa,  
que eso mismo es Don Tristán.  
Pues, Enrico,...

ENRICO

Ten silencio.

DOCTOR

¿A un viejo que un muerto es  
tan hermosa viva quiés  
juntar! ¡Oh cruel Mecencio!

ENRICO

Haz diligencia en sus años.

DOCTOR

Descuídate, que mi pluma  
hará muy presto la suma  
de ellos o de sus engaños.

ENRICO

¿Es amigo de vivir?

DOCTOR

Tanto como yo tu amigo.  
Escúchame lo que digo.

ENRICO

¿Quién te dejará de oír?

DOCTOR

Va, pues, de juego: ya sabes  
en cuán estrecha prisión  
vive Casilda, y que son  
de su libertad las llaves  
los celos y la persona  
de Gerardo. ¡Amistad santa,  
al que hoy los fueros quebranta  
de tu santa ley, perdona!,  
que lágrimas de una dama,  
vertidas por un galán,  
todo aquello borrarán  
que escribiere quien me infama.

ENRICO

Pues qué, ¿llora por mí?

DOCTOR

Llora  
ríos tan crecidos que,  
perdido en sus ondas pie,  
me han arrojado aquí ahora.  
Presupuesto, pues, que quiere

lo que estáis vos deseando  
y que ha remitido el cuando  
a lo que yo dispusiere,  
pues tanto importa ausentallo  
por una noche o por dos  
para que la gocéis vos;  
vistos bien los autos, fallo  
que esta noche será bien,  
que al salir temprano o tarde  
de jugar, alguien aguarde  
a Gerardo (y daré quien  
lo haga) y, a las primeras  
cuchilladas, los pies vuelva  
como corzo que en la selva  
plumas se calza ligeras.

(Entra DON TRISTÁN.)

D. TRISTÁN  
Perdonad mi dilación.

ENRICO  
Perdonad nuestro recato.

DOCTOR  
Quien nos deja cada rato  
no busque conversación

D. TRISTÁN  
Doctor, no me olvidés.  
(Aparte.)  
Reina  
de los jazmines, Leonora,  
más canas gozan la Aurora,  
que las que Don Tristán peina:  
y lisonjera y suave,  
flores ciñe y perlas llueve  
sobre los copos de nieve  
que teñir tinta no sabe.

DOCTOR  
Ofreceréme yo al punto  
y, encareciendo el suceso,  
al recluso haré preso  
y aun al herido difunto.  
Con lo cual, dos, tres y aun cuatro

días, si no son más ya,  
de esta fábula podrá  
ser tu aposento teatro.

D. TRISTÁN

Que teatro su aposento  
será, a Carlino le oí;  
y teatro para mí,  
tálamo es de casamiento.  
Será pues bien que mañana,  
si la estangurria porfía,  
me purgue, y luego otro día  
no deje rastro de cana.  
Quedaré sano y galán  
con tinta y con medicina:  
que una purga es la piscina  
y la alheña es un Jordán.

ENRICO

Bien está, pero ¿no ves  
que en casa de una doncella,  
sin mujer mayor con ella,  
es yerro y peligro es  
entrar humana criatura?

DOCTOR

A ese escrúpulo perdona,  
que do asiste tu persona  
el peligro se asegura.  
La prudencia es de tu hermana  
oráculo en la ciudad,  
y templo de honestidad  
es su edad florida y cana.  
Pues sus años, aunque verdes,  
maduro ofrecen el seso;  
no lo dejes, no, por eso,  
que una grande ocasión pierdes.

D. TRISTÁN

Dios te dé salud, Doctor.  
¡Qué bien que le has respondido!  
Aunque oyo mal de este oído  
y de este otro oyo peor.  
Sin duda alguna quería  
oponer Enrico ahora  
a la poca de Leonora



la desigual edad mía;  
pues el Doctor respondió,  
haciendo gallardo oficio  
(que en la prudencia y el juicio  
más años tiene que yo),  
que no dejase pasar  
tan bien nacida ocasión,  
porque yo no soy halcón  
de los que se han de soltar.  
Bien a fe se va poniendo.  
Quiero entrar, pero no es bien  
dar señas de viejo a quien  
por mozo me estoy vendiendo.  
A las calzas es mejor  
atreverme, pues son mías,  
que cuando un vecino a Olías  
diere más, salvo mi honor.

DOCTOR

El término es corto, Enrico:  
o acometello, o dejallo.

ENRICO

Obedeciéndote callo  
y callando te replico.  
Hágase, mas Don Tristán  
cosa alguna entienda de ello.

DOCTOR

¿Pues para qué ha de sabello?

D. TRISTÁN

Efectuado lo han;  
y sin duda que es conmigo  
pues me nombraron a mí,  
y siendo como es así,  
mi buena suerte bendigo.

DOCTOR

Ve a prevenir tu aposento,  
mientras yo de esta laguna  
¡Meotis, sin sonda alguna,  
su fondo y sus grados cuento.

D. TRISTÁN

Muy bien mis cosas entablo.

Vuele mi fortuna, vuele.

DOCTOR

Por nuestro Señor, que huele  
a vísperas del diablo.

ENRICO

Pues a fe que huele mal.

DOCTOR

¡Que sin decir al que pasa:  
«Agua va», las de esta casa  
derramen un orinal!

ENRICO

Terrible cosa es, señor.  
Yo me voy, a Dios quedad.

D. TRISTÁN

Bésoos las manos.

DOCTOR

Andad.

ENRICO

Lo dicho, dicho, Doctor.

(Vase ENRICO.)

D. TRISTÁN

¿Qué hay, pues, de nuevo mi Rey?

DOCTOR

Que vuesa merced se cure.

D. TRISTÁN

¿Acabóse?

DOCTOR

No me apure,  
que soy amigo de ley.  
Púrguese luego a la hora,  
que importa.

D. TRISTÁN

Bástame eso.

Las manos, Doctor, os beso:  
mía es la bella Leonora.

DOCTOR (Aparte.)  
Convertido se ha per Deum  
en gramático nefando,  
pues le hallo declinando  
siempre a: «Meus, mea, meum».

D. TRISTÁN  
¿Cuándo esta purga cruel  
se recetará?

DOCTOR  
Al momento.

D. TRISTÁN  
¿Hola, oís? De mi aposento  
me bajad tinta y papel.

DOCTOR  
¿Habéis tomado el jarabe  
estos cuatro o cinco días?

D. TRISTÁN  
Sábenlo las triplas mías,  
y mi paciencia lo sabe.

DOCTOR  
¿La orina?

D. TRISTÁN  
No pidáis tal,  
que es tarde y no la he tomado.

DOCTOR (Aparte.)  
(Si ya no lo ha disculpado  
ser de lienzo el orinal.)  
Venga el pulso.

D. TRISTÁN  
¿Ambos queréis?

DOCTOR  
¿Qué sentís?

D. TRISTÁN

Nada.

DOCTOR

Prometo

que está muy flaco el sujeto.

¿Qué edad, amigo, tenéis?

D. TRISTÁN

¿Pues manda la medicina

que se informen de la edad?

DOCTOR

Sí, y vuestra debilidad

favorece esta doctrina.

Galeno que enseñó ya

a todos el A B C

de nuestro arte, y más a mí,

que soy en nuestra edad yo

de los médicos el Bu,

en un consejo que da

de febribus sine spe,

en griego nos dice así:

«Agiós oheph, nepható

apoton chirios i mu»,

que porque se entienda acá

en romance lo diré:

«Médico, si estás en ti,

no purgues a nadie, no,

sin que sepas su edad tú»,

porque con la edad está

tan flaco el sujeto, que

Avicena a un alfaquí

con dos dracmas le mató

de sen en alcuzcuzú;

y así, como tanto va,

si no me traéis la fe

de vuestro bautismo aquí,

en vano drogas nos dio

Ceilán, Malaca y Pegú.

Porque muy bueno será

que maté a vuesa mercé,

y que digan por ahí

que un doctor le recetó

canina de Bercebú.

De mí tal no se dirá

si vuestros años no sé,  
aunque me pongan allí  
cuantas barras envió  
en sus flotas el Perú.

D. TRISTÁN

¿Que en griego está escrito eso?

DOCTOR

¿Cómo escrito? En letras de oro;  
a no sabello de coro,  
os lo trujera aquí impreso.

D. TRISTÁN

¡Válgame Dios!

DOCTOR

¡Lindo sois!  
Pues escuchadme, os lo ruego,  
como a Hipócrates en griego,  
en arábigo a Averrois:  
«Guahalet...»

D. TRISTÁN

¿Algarabía  
sabéis?

DOCTOR

Muy bien.

D. TRISTÁN

San Germán  
la puerta os abra de Orán,  
postigo de Berbería.  
No más textos.

DOCTOR

Pues, señor,  
la edad venga.

D. TRISTÁN

¿La edad mía?

DOCTOR

Voyme.

D. TRISTÁN

Deteneos, que el día  
hace de San Salvador.  
Treinta, cuarenta...

DOCTOR

¡Oh que extraños  
alambiques!

D. TRISTÁN

Y aun sudores.

DOCTOR

¿Hay partos con más dolores?  
Alúmbreos Dios.

D. TRISTÁN

Cincuenta años.

DOCTOR

Crecidito es el infante.  
Vuélvase la pluma atrás,  
que la vida iba no más,  
si diera un paso adelante.  
Gracias hoy vuestra salud  
a su ángel dé custodio,  
de que no fue el polipodio  
vísperas del ataúd;  
pues de tanta edad ajeno,  
si calláis, el papel tomo  
y caer me dejo a plomo  
con tres onzas de veneno.

D. TRISTÁN

¿Es posible, Doctor?

DOCTOR

Sí,  
que a cada edad hay su droga,  
y para vos fuera sogá  
lo que es toca para mí.

D. TRISTÁN

Pues cincuenta y cinco son,  
Doctor, mis años.

DOCTOR

Buen punto  
para dejaros difunto  
con el diacatolicón.

D. TRISTÁN

Buena burla fuera esa.

DOCTOR

No fuera menor; y en suma  
si no queréis sea mi pluma  
la azada de vuestra huesa,  
no me tengáis más en calma,  
que del cuerpo es quien os cura  
tan confesor, como el cura  
es el médico del alma.  
Verdad es que va la vida.

D. TRISTÁN

¡Oh qué angustias! ¡Oh qué afrenta!  
Salen...

DOCTOR

¿Qué decís?

D. TRISTÁN

Sesenta  
ensucia la mal teñida.

DOCTOR

Si son canas, tinta poca  
las desmentirá más bien,  
mas si son años, el sen  
tormento os dará de toca.

D. TRISTÁN

¿Cómo así?

DOCTOR

Como hará,  
si tenéis sesenta y cinco,  
deis al purgatorio un brinco,  
si no le dais más allá.  
(Aparte.)  
(Buen brazo ha sido mi ingenio).  
¿Escribo?

D. TRISTÁN

¿Qué prisa es ésta?  
Aun más por saber nos resta.

DOCTOR

¿Es, por dicha, otro quinquenio?

D. TRISTÁN

No, sino, por mi desdicha,  
otros dos.

DOCTOR

Gracioso aliño  
será daros como a niño  
un poco de maná en chicha.  
¿Setenta, y pasáis?

D. TRISTÁN

Callad.

DOCTOR

¿A quién pensabais coger  
con el falso?

D. TRISTÁN

A una mujer.

DOCTOR

¿Falsos a la falsedad?  
Y a quien, os prometo a Dios,  
que en siendo algo noche oscura,  
si le entra cierta figura,  
se piensa restar con vos.

D. TRISTÁN

¿Cómo, Doctor? ¿Mi Leonora  
figuras espera?

DOCTOR

Sí,  
y una le ha de entrar por mí.

D. TRISTÁN

¿Por vos?



DOCTOR  
Dentro de una hora.

FIN